



Lic. Silvia Gabriela Vázquez¹

El siguiente relato fue premiado en España por la Asociación Letras Comprometidas y publicado por Editorial Icaria en el libro: "8 RELATOS PARA UN MUNDO MEJOR, LOS RELATOS DEL MILENIO"- en representación del 1º Objetivo de Desarrollo del Milenio: "Reducir a la mitad la pobreza y el hambre".

Jóvenes voluntarios: Como quien teje blancos esarpines y espera¹

Si se asoman a la ventana, los van a descubrir nadando entre papeles, acuarelas, pinceles, utopías, palabras... algunas veces con –y algunas otras contra– la corriente.

Nada frena el impulso a cruzar las orillas que la vida les presenta cada tanto.

Trabajan –incansables– a pesar de la lluvia, el frío, el sol, el viento, repitiéndose aquello de que el mar sería menos faltándole una gota, pues no son impermeables a la necesidad urgente, apremiante y ajena.

Allí están los jóvenes cargados de esperanza, desafiando todos los diagnósticos –pobreza, exclusión, hambre, inequidad, violencia– con paciencia y esmero...

Lo hacen desde que un diario les contó cuánta gente, aún deseando ayudar, no hallaba tiempo, no sabía cómo, no podía.

Ellos –desoyendo la estadística– pusieron manos a la obra y partieron con un equipaje sencillo: anteojos de

escuchar, brújula rastreadora de paz y de equidad.

Los primeros dos días no fueron nada fáciles.

Al salir de la casa se toparon con una realidad desdichada y por varios instantes, los abrazó el silencio:

Cada vez que el hombrecito blanco del semáforo se volvía rojo, un pequeño tomaba su balde y limpiaba los parabrisas de los autos. Mientras sus dueños, exclamaban –con gestos– que no tenían monedas o que “igual para qué” si iba a seguir lloviendo...

El niño de la esquina –adulto a fuerza de pérdidas, noches y veredas– no iba al colegio.

Les contó que –por eso– no le mandaban deberes y parecía no tener idea de cuáles eran sus derechos...

Anotaron en su mente esa escena, prometiéndose hacer algo por cambiarla y siguieron caminando.

Unas cuadras después otro pequeño –sin respetar su condición de infante– trabajaba. Hacía 2 meses que la escuela no formaba parte de su vida.

¿Estaba sólo?

¿Sería su madre la mujer de falda anaranjada que ayudaba a levantar las bolsas, las abría con sus ojos de pár-

pados cansados y comía con la boca de sus manos migajas inventadas?

¿Sería su padre el señor que cargaba cajones de manzanas en un carro tirado por dos caballos grises, dramáticamente adelgazados?

Quien parecía un hermano –o un tío joven– apartaba un cajón grande y se adueñaba periódicos sin dueño, latitas de gaseosas aplastadas, frágiles botellas inmutables, arrugados cartones corrugados.

Cuando volvieron la vista sobre el niño, notaron que jugaba, haciendo uso de su derecho inalienable.

En ese instante único era un niño...

Olvidaba los autos –la espuma, el agua, el ruego– y llenando el silencio de un sonido infinito, disfrutaba la caja abandonada.

Su niñez ausente reaparecía entonces, desbordaba, podía respirarse.

Descansaba en su juego, como lo haría cualquier otro pequeño. La cabeza inclinada hacia atrás, los ojos poblados de pestañas y sueño, las manos ahuecadas, extendidas, como atrapando el viento en ese vuelo.

No pedía monedas, como podría suponer algún transeúnte apurado o

¹ El portal de la Red Iberoamericana de Universidades por la RSE (www.redunirse.org) –auspiciado por el PNUD– ha incluido la grabación de este relato para que puedan escucharlo personas no videntes.

distraído. Sólo esperaba un gesto, una mirada, una fugaz caricia, una palabra. Pero irrumpió lo imprevisible y la mágica caja se vació de anhelos, agotándose de toda melodía...

Su madre –dedos de mandarina, ojos de lluvia– se llevaba el avión, la música, el barco, la mesa, el sombrero, el tren, el helicóptero, la cama, el tanque, el bote, el submarino, la nave espacial, el escondite...

Quien parecía ser su padre –despiadado involuntariamente– regresaba a su condición de vacío-cajón-de manzanas, el juguete que había devuelto la infancia a ese niño.

Los anteojos de escuchar se activaban y otra vez, la vereda dolía, volviéndose denuncia, preocupación, vergüenza...

Afortunadamente ninguno de estos jóvenes valientes temía a la utopía. Por eso se trepaban velozmente al estante más alto de sus sueños con los pies, las rodillas, la esperanza, los codos y el deseo.

Eran ex solitarios y actuales solidarios: una única letra bien corregida a tiempo. Uniéndose, lograrían transformar aquello que les lastimaba el alma cada día, al advertir millones de excluidos deshabitando el mundo.

Querían ir más allá de las obvias frases pronunciadas –con sensible frustración y convicción efímera– en vísperas de Navidad o ante catástrofes, pero luego arrastradas lejos por el viento, hasta desplomarse en el olvido.

Querían proteger a todos esos niños y niñas en riesgo: que aprendieran, que

nutrieran el cuerpo, el corazón y el alma, que imaginaran el futuro como un espacio digno en el cual alojarse.

Pero ¿cómo empezar?

Pensar, escribir, leer en voz alta, borrar... volcar de nuevo semillas de proyectos en la página. Cuando dejaban de torturar a las palabras, las letras –vengativas– los atormentaban a ellos, hasta hacerlos llorar de la impotencia.

Las agujas del reloj fueron descosiendo casi todas las horas de la noche.

La mañana los encontró agotados y ansiosos por comenzar. El escrito había pasado sus múltiples escrutinios impiadosos. Reconocían que esa satisfacción sería precaria. Seguramente al atardecer, la rueda volvería a girar y les costaría hallar pluma, papel o sílaba que soportara tanta injusticia. Voluntad no les faltaba... fueron dando mínimos pasos esenciales que llevaron a aparear mayores con empleo, menores con escuela y atención suficiente, familia con salud, inclusión, vivienda, comprensión, esperanza.

Mientras los padres recuperaban la alegría de poder llevar el pan a cada mesa, ellos acompañaban a los hijos con poesía, dibujos de colores, chocolata, música y sonrisas.

Su paga era apreciar cuántas manos curtidas se colmaban de oficio y luego del trabajo se convertían en calma, medicina, estímulo, cosquillas. Cuántos labios enhebraban mensajes e ilusiones, reemplazando los límites –del enojo y la queja– por flamante confianza que sería heredada.

Poco a poco, comprendieron que la paz no era un simple vuelo de pálidas palomas, ni la había escondido el mar –ruidoso– entre sus olas, ni en poemas o en himnos, en iglesias o en templos. La paz sólo estaba viva en quienes –como ellos– se tornaban ejemplos. No por mostrarse críticos sabios de la ciencia, sino por silenciar, en sus loables actos, la evidencia.

Se emocionaron al comprobar que uno de los dos niños que intentaron rescatar de la calle esa mañana, iría a la escuela al día siguiente, mientras sus padres trabajaban. Tendría deberes para hacer después de la merienda, y lo más importante, había comprendido que también poseía derechos...

Los entristecía saber cuántos otros pequeños se despertarían con la panza vacía de alimento, de estudio, de niñez y de juego para ir a cumplir roles que no correspondían.

Sin embargo, esa tarde –a muy pequeña, pero valiosa escala– habían reducido a la mitad la pobreza y el hambre.

Algún día, el objetivo estaría superado. Sólo era cuestión de seguir caminando con los anteojos-brújula. Ir enhebrando dolores, sin perder la esperanza, hasta ver nacer el mundo vislumbrado.

Comprometerse, dicen. Sabiendo que esa pena vale siempre lo que cuesta.

Como quien teje blancos escarpines y espera, como quien teje sueños mientras la vida duele...